

# La Jornada

---

---

---

[viernes 6 de julio de 2007](#) → [Cultura](#) →

## Sensibiliza a escolares mediante la música y la danza

### Elogian labor pedagógica de un coreógrafo mexicano en Bonn

---

EVA USI (ESPECIAL)

Bonn, 20 de Junio.

Más de un centenar de niños y adolescentes provenientes de cuatro escuelas de Bonn, bailaron Carmina Burana, de Carl Orff, acompañados de la orquesta Beethoven, del coro de la ciudad y de un coro infantil. La obra dirigida por el coreógrafo y bailarín mexicano, Miguel Angel Zermeño, tuvo una preparación de nueve meses y culminó con una apoteósica noche de gala en el magno edificio de la Ópera de Bonn, a orillas del río Rin.

El público, integrado en buena parte por padres de familia, celebró de pie y con una larga ovación a los jóvenes bailarines y al equipo de profesionales que acompañaron el proyecto desde octubre pasado. Tras los pequeños, visiblemente emocionados, salió a escena el pedagogo y director artístico del proyecto, que fue recibido con una aclamación del auditorio repleto. Vivas y flores volaron al escenario desde donde Zermeño agradeció con las manos en alto al jubiloso público, un entusiasmo que pocas veces se ve en los auditorios alemanes.

“Me siento triste y contento, es una emoción muy confusa porque el proyecto ha concluido”, dijo el espigado bailarín vestido de negro, en conversación con La Jornada. “Fue una labor muy intensa que me sacó el instinto paterno, porque cada niño tiene una necesidad propia, una identidad. A uno hay que bajarle el ego, a otro empujarlo para que gane seguridad. Hay que saber a quien decirle sí y a quien no, a quien regañar y a quien aplaudir. Es mucho más que una labor pedagógica”, afirma.

Rythm is it!

El iniciador del proyecto, el alemán Michael Roetsch, se inspiró en la exitosa propuesta educativa realizada en el 2003 por la Filarmónica de Berlín que dirige el británico Sir Simon Rattle, y que quedó plasmada en el documental “Rythm is it”. Fue un experimento dirigido por el coreógrafo y amigo de Rattle, Royston Maldoom, que reunió a 250 jóvenes provenientes de las zonas más problemáticas de Berlín para enseñarles a apreciar y entregarse a la música y a utilizar su cuerpo para expresarse. Después de un intenso entrenamiento el proyecto culminó con una dramática puesta en escena del Ballet Le sacre du printemps, de Igor Stravinsky en la Filarmónica de Berlín, acompañados por la orquesta bajo la dirección de Rattle.

Aunque ambos proyectos comparten el mismo objetivo, Zermeño evitó considerar el proyecto berlinés como referencia. “Aunque ví la película, traté de olvidarme de su existencia, no quería copiar porque no lo acostumbro, me estorbaba en vez de ayudarme”, afirmó resuelto el tapatío que fue bailarín durante siete años en el Ballet Nacional de México, entonces dirigido por Guillermina Bravo.

Apoyado por otros cuatro coreógrafos, el artista mexicano dirigió distintas coreografías que confluyeron en una sola. Se trataba de considerar las distintas edades de los cuatro grupos escolares, integrados por alumnos de entre 11 y 16 años. El común denominador fue que las escuelas provenían de zonas marginales donde a menudo hay violencia familiar, criminalidad, guettos de extranjeros y también racismo. El coreógrafo trabajó en tres líneas de trabajo: física, psicológica y de integración. “Con la computadora, los jóvenes están siempre agachados y el cuerpo tiende a oxidarse, también había que apoyarlos psicológicamente para que ganen más seguridad y una misma coreografía los obligó a tocarse, a hablarse, lo que al principio fue muy difícil”, afirma Zermeño. En la obra incluso participaron cuatro alumnos con minusvalías.

### O Fortuna

La obra comienza con voces infantiles que se escuchan en un teatro oscuro, que reflexionan sobre la palabra destino (Schicksal), que como la fortuna, puede ser buena o mala. “Infortunio es que muera mi gato, suerte es que saque una buena nota”, se escucha poco antes de que abra la cortina y revela en el escenario a la figura de la Diosa Fortuna. Con el fragmento O Fortuna, el más conocido de la obra de Orff, comienza y termina la cantata basada en poemas medievales monacales.

Alrededor de la deidad bailan los jóvenes conformando una gran rueda. Se mueven con mucha soltura considerando que se trata de la primera vez que pisan un escenario. Son esclavos castigados una y otra vez con el látigo de la despiadada Fortuna. Sus cuerpos siguen los acordes de la Orquesta Beethoven y las voces blancas y graves de los cuerpos del coro, dirigidos por Wolfgang Lischke y Thomas Neuhoff, respectivamente. “Escogí específicamente Carmina Burana porque es una obra muy fuerte. Es una música tan potente que los niños la entienden, les llega”, afirma Zermeño, quien bailó por última vez con la aguerrida compañía Tanztheater que dirige el coreógrafo austríaco Johann Kresnik.

La obra transcurre con escenas cada vez más acrobáticas y llenas de sátira, como los monjes tambaleantes que se emborrachan con unas gigantescas botellas, un pasaje que alude a la vida a veces disipada de los monasterios, donde no todo es espiritualidad y recogimiento. Al final vuelve a escena la Diosa Fortuna amenazando con su látigo, pero uno de los esclavos se libera, corre y toma el destino en sus manos, un ejemplo que siguen los demás. Así reciben al mundo, un globo gigante que gira descendiente sobre el escenario.

Unos quince minutos duró el aplauso a los alumnos, maestros, músicos, coreógrafos y organizadores. Y una merecida recompensa llega sorpresivamente a los participantes. El anuncio del subsecretario de cultura estatal, Hans Heinrich Grosse Brockhoff, de que el proyecto continuará y será financiado por las arcas públicas.